

El Josefino[®]

Nº 71 Noviembre 2024
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

SANTA
ANGELA DE
LA CRUZ
Y SAN JOSÉ

Pág. 12

SAN JOSÉ,
MÁS GRANDE
QUE LOS
ARCÁNGELES

Pág. 14

*"Es mi amado para mí
bolsita de mirra".*

((Cant. 1, 13))

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
COMO NIÑOS EN SUS BRAZOS	4
SUAVE POR DENTRO Y POR FUERA	6
SAN JOSÉ, MODELO DE FE	10
SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ Y SAN JOSÉ	12
SAN JOSÉ, MÁS GRANDE QUE LOS ARCÁNGELES	14

Estimados Josefinos:

Comparando la elección que hizo Dios de San José con el cargo que debía desempeñar, conseguimos ver la gloria y grandeza del humilde esposo de la Virgen.

Contemplar con respeto y admiración la eminencia de esta santidad sólo lo podemos vislumbrar pensando en la familiaridad con Jesús durante treinta años.

Nos maravilla el ver que esta “familiaridad” debe ser el carácter distintivo de la devoción a tan gran santo. Sin embargo, es fácil para nosotros comprender que esta “familiaridad” debe ser la gracia especial concedida a esta devoción, porque San José sobrepaja a todos los hombres no sólo en el espíritu de adoración, sino

en su tierna “familiaridad” con el Dios Encarnado: Jesús.

Por muy benigno y humilde, por puro y amoroso que fuese San José, no nos es posible pensar en Él sin profesarle un profundo respeto a causa de la sombra de identificación con el Padre Eterno que lo oculta a nuestras miradas, aun cuando lo presenta a nuestra fe.

En San José se armonizan perfectamente la grandeza y la humildad, el amor y el servicio, el ocultarse y el aparecer como modelo para toda la Iglesia Universal.

Y todo esto gracias a su “cercanía” paternal con el Dios Redentor: Cristo Jesús.

La Redacción.

Oración

A SAN JOSÉ

Como niños en sus brazos

Considerémonos como niños
en los brazos de San José,
cada día... ¡siempre...!

Pero especialmente
cuando nos parece que
las cosas van mal...

Pongámonos sobre el corazón
de San José, en el lugar
del Niño Jesús.

...Y digámosle que ahora
debe sostenernos como
cuando lo sostenía a Él...

Cuando “el padre”
sostiene al niño
él “se siente seguro”....

AMÉN





Meditación JOSEFINA

Suave por dentro y por fuera

En el hogar de Nazaret todo era “suavidad”...
Hacia afuera, edificaban “los Tres” con una virtud difícil de conseguir: la dulzura...

Una respuesta dulce, dice la Sagrada Escritura, calma la cólera...

La dulzura es el sostén de la paciencia; la entrada, o mejor, la madre de la caridad, el fundamento de la discreción.

San José era todo bondad, dulzura varonil, suavidad. Su lenguaje estaba lleno de bondad, de amenidad como sería, años más tarde en su vida pública, el de Jesús.

Esta actitud constituía por sí sola todo un “apostolado”. Cuando las palabras son espirituales, pero los modales desdicen por su mordacidad, el fruto es nulo, automáticamente, contribuyendo a consumir la “obra” del demonio, que “odia” a las almas.

La mordacidad hiere profundamente a las almas, y tal vez para toda la vida.

¿Cómo sería el contacto con San José y su buen decir de los que le rodeaban en la aldea de Nazaret? Nada en él era hiriente; por eso toda su persona era de una gran autoridad moral.

Rebosaba afabilidad por todos sus poros. Incluso sus miradas estaban llenas de un espíritu “suave”. Y a él, a San José, era al que contemplaba continuamente Jesús. ¡Qué impreso se le quedaría esta dulzura en su Corazón de Dios!...

José educó a Jesús, en primer lugar, con su ejemplo y su conducta. Hay en el alma de los niños una tendencia innata, una necesidad instintiva de leer en el rostro de quienes los rodean y reproducir sus maneras. El rostro de San José fue, con el de María, el primer espejo de perfección para Jesús. Sus gestos, su conducta, su forma de hablar, fueron objeto de sus primeras observaciones. Los ojos del Niño estaban fijados en San José; el espectáculo de este varón piadosísimo y el contacto con su espíritu contemplativo constituyeron su primera lección.



Y esta dulzura que caracterizó toda la vida de San José nos conduce a ver en él un agrado por todo lo bueno que veía en los demás, aun cuando lo veía mezclado con lo que no es tan bueno.

La murmuración, el chisme... nunca conseguirán dulcificar, atraer, persuadir ni dominar.

Su dulce mirada, frente a los pecadores, adquiriría un silencio majestuoso. No era una mirada de censura porque los irritaría más. Por el contrario, San José, frente a ellos, permanecía en silencio, un silencio mezclado de tristeza y dulzura, a la vez que demostraba que lloraba por el pecador... También sabía “reprochar” la mala vida de algunos... Pero lo haría tan dulcemente que quedarían subyugados por él.

Esta dulzura es la que hace vencer a los hijos de Dios. No es, ciertamente, la dulzura natural de un buen carácter, ni la dulzura falsa que cubre la hipocresía del corazón.

Muy lejos está la dulzura que trae consigo la paz del Espíritu Santo, esa paz bendita que en el constante vencimiento propio se alcanza, se conserva y crece... y que, purificando a los corazones, los asemeja al Padre que está en los cielos, haciéndolos verdaderamente hijos de Dios...

La dulzura recta y santa no es afectada, no es rebuscada, sino que es sencilla, llana, franca, natural y producida en el corazón. El alma que posee esta paz, es dulce sin conocerlo ni procurarlo... Brota la dulzura santa y pacífica de un corazón puro o que ya está muy purificado.

En el corazón cándido de San José fue donde Dios mismo puso esta dulzura. Una dulzura compañera del “reposeo” y de la serenidad, donde su apoyo siempre fue la rectitud.

Sí, San José llegó a ser esa dulzura encarnada que es reflejo de un corazón sereno como el mar en los días de calma; una dulzura llena de amabilidad, comprensión; pero también de rectitud.

El manso es imagen del Cordero “manso”. Los hijos de Dios hemos de imitar esta virtud que tanto caracterizó a San José, modelo y padre del *manso y humilde de corazón*:

JESÚS



San José,

modelo de fe

La liturgia nos presenta a este gran santo como ejemplo que debemos seguir y como protector que hemos de invocar.

San José es para nosotros, en primer lugar, modelo de fe. Como Abraham, vivió siempre con una actitud de total abandono a la Providencia divina, y por eso nos da un ejemplo estimulante, en especial cuando se nos pide confiar en Dios “por su palabra”, es decir, sin ver claro su designio.

Estamos llamados a imitarlo, además, en el humilde ejercicio de la obediencia, virtud que resplandece en él con un estilo de silencio y ocultamiento activo.

¡Cuán valiosa es la “escuela” de Nazaret para el hombre contemporáneo, amenazado por una cultura que muy a menudo exalta las apariencias y el éxito, la autonomía y un falso concepto de libertad individual! Por el contrario, ¡cuánta necesidad hay de recuperar el valor de la sencillez y de la obediencia, del respeto y

de la búsqueda amorosa de la Voluntad de Dios!

San José vivió al servicio de su Esposa y del Hijo de Dios; así, se convirtió para los creyentes en un testimonio elocuente de que “reinar” es “servir”.

Para aprender una útil lección de vida pueden contemplarlo en especial quienes en la familia, en la escuela y en la Iglesia tienen la tarea de ser “padres” y “guías”.

Pienso, sobre todo, en los padres que, precisamente en el día dedicado a San José, celebran su fiesta.

San José, a quien el pueblo cristiano invoca con confianza, guíe siempre los pasos de la familia de Dios y ayude de manera muy singular a los que desempeñan el papel de *la paternidad*, tanto física como espiritual.

Que acompañe nuestra invocación e interceda por nosotros María, Esposa virginal de José y Madre del Redentor.

(San Juan Pablo II. Ángelus, Domingo 18 de marzo de 2001)

Santa Ángela de la Cruz Y San José



ació en Sevilla, España, el 30 de enero de 1846. Hija de padres honrados y pobres.

Fundó la Congregación religiosa de la Compañía de la Cruz dedicada a ayudar a los pobres y a los enfermos.

Fue canonizada por san Juan Pablo II el 4 de mayo de 2003. Su cuerpo se encuentra en la capilla de la Casa Madre en Sevilla.

Se cuenta en los anales de la Congregación:

Fray Ceferino, Cardenal arzobispo de Sevilla, dice que la Compañía crece y están estrechas de sitio. Han de buscar una casa más grande.

Otra vez las hermanas de traslado. Disponen de un corto respiro porque fray Ceferino es elevado a Cardenal Primado de Toledo, pero aquel clima le sienta mal y consigue que el Papa le permita regresar a Sevilla.

Insiste en que las hermanas necesitan casa mayor. Opina que muchas enfermedades de hermanas jóvenes son debidas a la humedad de la casa de la calle Cervantes.

Pero... ¿y el dinero? Nuestra Madre dice que el dinero es lo de menos; ¡saldrá!, lo ha dicho el prelado, así que es Voluntad de Dios.

Encontraron una casa como “madre” deseaba: espaciosa, ventilada y de aspecto relativamente modesto. No quiere que la Compañía, ni siquiera en el edificio, dé apariencia de suntuosa. Pertenece al marqués de San Gil, en calle Alcázares. Habrá que hacer reformas, instalar la escuela...

Sor Ángela le pasó la papeleta (el problema) a San José. Puso a sus hermanas a rezar, hasta el 19 de marzo como meta.

El día 16 dijo el marqués al Padre Soto que a la casa le han salido otros compradores. La Condesa de Casa Galindo avisó a “madre” que el 18 por la tarde venía un señor dispuesto a quedarse con la casa.

*El 18 por la mañana Emilia Riquelme, hija del capitán general, entregó nueve mil duros para la compra; y pidió le reservaran todos los gastos de instalación del Oratorio. El Padre Soto, después de mediodía, fue al Marqués y cerró el trato. Firmarán mañana, **fiesta de San José**.*

Cuando salía el Padre, entraba el otro comprador en casa del Marqués.

*Desde los primeros tiempos, ya residiendo en la calle Hombre de Piedra, sor Ángela nombró a San José **titular de la casa madre**.*

Permaneció este título en los respectivos locales que ésta ha ocupado.

En una oración al Santo Patriarca, que ella misma compuso, fechada y

*firmada el 19 de marzo de 1878, le promete, en nombre de todas, vivir como **verdaderas hijas suyas** y “**como prueba** –dice– **de que estamos acogidas a tu amparo, esta casa llevará, desde hoy, tu nombre**”.*

Con razón ERES AMADO

(Cant. 1,4)



En sus últimos momentos, cuentan las crónicas de la santa:

Ya no puede más. Le estalla el corazón, la cabeza, todo. Quiso levantarse de la mesa tras el desayuno y se desplomó. Embolia cerebral, diagnóstico del médico. Y las Hermanas lloran en silencio presagiando un desenlace fatal. Pero no llega.

Las Hermanas que, presurosas, acuden de todas las casas para recoger siquiera el último aliento, tienen el consuelo de hablar con la enferma. Ésta sufre mucho, está parálitica del lado derecho. El 28 de julio de 1931 habló por última vez.

–He pedido al Señor que me deje un año de preparación para la muerte– dijo muy quedamente.

Y pronunció las últimas, las postreras palabras que sus Hijas recogieron como envueltas en un pañuelo limpio para que no se perdieran:

–No ser, no querer ser, pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera.

Y con voz más queda repetía de nuevo:

–No ser, no querer ser.

Después, nueve meses de silencio y sufrimiento. Sor Ángela cosida a la Cruz. Así hasta la madrugada del 2 de marzo de 1932. Hace de ello mañana 92 años. A las tres menos veinte murió. Miércoles, día consagrado al bendito patriarca San José.

Su rostro se inundó de un dulce semblante y ella, inmovilizada durante meses en la dura tarima, tuvo fuerzas para levantar el cuerpo, alzar los brazos, sonreír profundamente, exhalar tres suspiros y comenzar el dulce sueño de la muerte.



Josefología

San José, más grande que los Arcángeles

Los Doctores de la Iglesia no saben cómo encarecer y magnificar la nobleza y dignidad de los Arcángeles más renombrados en la Sagrada Escritura, ponderando la sublimidad de los dones y gracias con que los embelleció el Altísimo por los elevados ministerios a que los destinara.

Pero, ¿qué son todos estos cargos parangonados con los de nuestro Patriarca? Sabemos que **San Miguel** ciñe su real diadema por el valor con que defendió la gloria del Verbo Increado y los derechos de la divinidad que quiso usurpar el orgulloso y desatentado Luzbel; pero sabemos también que San José, con noble prontitud, exponiéndose a los azares de largo y penoso viaje, arrostrando los peligros y desamparos en que se había de hallar entre los idólatras y extranjeros, libró a Jesús recién nacido de otro “demonio” cruel, cual fue Herodes, que pretendía quitarle la vida.

No ignoramos que **San Gabriel** se hizo digno de todos los encomios por el gozo y diligencia con que



anunció a la Virgen la misteriosa Encarnación trayendo al mundo la nueva de nuestra cercana libertad; pero tampoco desconocemos el placer y sacrificios con que San José ponía sus primeras atenciones en cuidar al Verbo humanado abriéndonos con sus paternos sudores la senda de nuestras futuras felicidades.

Cónstanos la gloria que ganó **San Rafael** en sus desvelos por el justo y caritativo Tobías... Más ¿qué repetimos? Dejémonos ya de comparaciones y semejanzas no sea que, igualándolo con otros, aunque Príncipes de la Milicia Celestial, agraviemos al que por su dignidad es incomparable; y prosiguiendo nuestro propósito, tratemos de rastrear, según nuestra cortedad, la **elevación de espíritu** que debió de adquirir nuestro Santo por los treinta años continuos que cursó en la escuela de la Eterna Sabiduría, o el cúmulo de gracias inmensas que debió de acaudalar con el ejercicio de la paternidad tan inefable.



Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>